

XXIV Del tiempo Ordinario, Ciclo A

Si perdonáramos...

Nos duele el universo, la humanidad, la historia toda. Sentimos angustia y desolación. Pareciera como si un tsunami nos atrapara y nos dejara sobrevivientes en un mundo desconocido, inédito como huérfanos y desconocidos. Bernanos, en radiografía cruel, se anticipaba a diagnosticar diciendo: “El infierno es haber dejado de amar”. Y para amar hay que perdonar y para perdonar tenemos que aceptarnos, comprendernos.

Para nadie es un secreto que parecemos parias en nuestro propio hábitat. La indiferencia nos está torturando y esa indiferencia hoy, se llama odio y ese odio se traduce en desinterés. No nos duele el prójimo, ni el planeta al borde-límite de la desaparición de la especie humana porque hemos roto nuestros vínculos de solidaridad y fraternidad universal. Nos “des-importamos”, nos olvidamos, incluso, nos rechazamos.

Dios tiene un oficio que es su oficio propio: ‘Per-donar’, como decir, ‘dar’ en sobreabundancia. Perdonar es la donación total del amor de Dios a sus criaturas, a sus hijos e hijas, a quienes ama sin reclamos, sin pedir cuentas, sin exclusiones, “sin acepción de personas”, a todos, todas sin límites. Cuando Dios nos perdona nos hacemos gente nueva, transformada a su imagen y semejanza.

Pero ese pe-dón en Dios tiene un límite: La medida de nuestro propio perdón. Dios no puede perdonarnos sino a la medida en que nosotros también perdonemos. Si no perdonamos, Dios se queda ahí a la espera de nuestro perdón, sabiendo como sabemos que nuestro perdón es algo tan pequeño, tan reducido y el suyo es al precio de la sangre de su Hijo. Si perdonáramos el universo-mundo sería maravilloso y nuestra vida sería una fiesta.

Cochabamba 17.09.23.

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com